

MARIO MONDOL GARCÍA | mariomondol@racsa.co.cr

Precursores de Puntarenas

■ El 17 de setiembre de 1858, don Juanito Mora Porras otorga el “Título de Ciudad” a Puntarenas
Historiador

Puntarenas festejará los 150 años de su “Declaratoria de Ciudad”: el 17 de setiembre de 1858.

A principios del 1800, la Punta de Arenas era conocida como el lugar más sano de la costa pacífica. Contaba con una escasa población, en su mayoría marinos de origen chiricano y nicaragüense.

A raíz del terremoto que sufrió el puerto del Callao en el Perú, en 1740, se decía que la lengüeta sería afectada por un fenómeno similar o un maremoto. Puntarenas se vería inundada por el mar y llegaría a desaparecer. Temor que cíclicamente ha alejado las inversiones y al turismo.

El jefe de Estado, don Braulio Carrillo, decretó en 1840 la habilitación de Puntarenas como “puerto de Estado”. Se ordenó la construcción de aduanas y almacenes para el tráfico comercial, principalmente con los puertos de Panamá y el Realejo. Se fijó la ubicación de los edificios públicos, almacenes, y casas particulares. Se autorizó la entrega de terrenos para quienes construyeran sus casas dentro de los 2 años siguientes. Se distribuyó la “milla” en las zonas costeras del golfo de Nicoya para facilitar su poblamiento, el desarrollo de la agricultura, la ganadería, y las salinas. Es claro que Puntarenas debe a don Braulio Carrillo el establecimiento definitivo de su carácter portuario y el inicio de su desarrollo poblacional, urbano, comercial y material.

Ni malecón ni muelle... La senda del progreso no fue sencilla. Así describe el irlandés Meagher, al puerto en 1850: “Mirando desde el ardiente golfo de Nicoya, Puntarenas resulta hermoso pero esta bastante atrasado. No tiene malecón, ni muelle, ni embarcadero nuevo o viejo ni nada que se parezca”.

La presidencia de don Juanito fue una bendición para el progreso de Puntarenas. A principios de la década de 1850, se termina la construcción del templo parroquial, bajo la invocación de San Antonio de Papua; años después, en 1889 se cambia la dedicatoria al Sagrado Corazón de Jesús. En 1852, se firma el decreto de fundación del Hospital San Rafael; mientras se le pudo dotar de edificio propio, funcionó donde estaba el almacén de aduanas; es decir, frente a la plaza de la Puntilla (plaza

de los Caites), un edificio de dos plantas, situado frente al Estero; era el mejor edificio de la época, ahí funcionaban además, la cárcel pública, la escuelita y la comandancia de puerto.

El Gobierno, para facilitar el transporte a los exportadores de café, procedió a contratar la construcción de una vía ferroviaria que uniera la población de Barranca con Puntarenas. Estos trabajos se concluyeron en 1857 y consistía en una trocha de dos metros de ancho con tres leguas de largo, sobre la que descansaban dos rieles colocados sobre troncos de árboles. En Sobre esta primitiva vía se movilizaba el burrocarril, media docena de coches provistos tan solo de bancos, cubiertos por un techo de madera, a una velocidad de 5 km por hora, arrastrados cada uno por una mula.

Durante los sucesos de la Guerra de 1856, Puntarenas fue el puerto donde se embarcaron la mayoría de nuestras tropas rumbo al Tempisque, en ruta hacia la frontera con Nicaragua; también salieron embarcaciones con dirección al puerto nicaragüense de San Juan del Sur.

El único con faro. Con las exportaciones de café, el puerto de Puntarenas adquirirá renombre internacional. Allá por 1858, escribe un turista: “siendo el único puerto centroamericano alumbrado por un faro, es hoy una ciudad de dos a tres mil almas, pintoresca y animada, donde Inglaterra, los Estados Unidos y Hamburgo tienen agentes consulares y la vida es más alegre que en todas las costas hasta California”. Es así que el presidente Mora, en atención “a que ha aumentado considerablemente de algunos años a esta parte su población y número de establecimientos valiosos y tomando en cuenta los muchos servicios que prestó espontáneamente en la campaña contra los filibusteros”, firma la ley, concediendo a Puntarenas el “Título de Ciudad”, el 17 de setiembre de 1858.

MARIO MONDOL GARCÍA

La Perla del Pacífico

■ Después de muchos avatares, Puntarenas floreció en el siglo pasado
Historiador

Al puerto de Puntarenas, en reconocimiento a su belleza natural, a sus maravillosos atardeceres, a las tranquilas aguas que bañan su playa, a la longitud de su playa de suaves arenas; por haber sido durante mucho tiempo el principal lugar de veraneo de las familias de la meseta Central; al encanto de sus mujeres y a la simpatía de su gente, se le conoce como la “Perla del Pacífico”.

A pesar de que la oferta turística se ha diversificado en el país, la visita al puerto de Puntarenas sigue siendo obligatoria, aunque sea por unas horas, ya sea para bañarse en el mar, refrescarse con una agua de pipa, tomarse un “churchill”, comprar un vigorón en hojas de almendro, atravesar “La Angostura”, conocer el “Parque Marino”, admirar algún crucero, ir de pesca al “Muelle”, o simplemente recorrer el “Paseo de los Turistas” hasta llegar a “La Punta”.

De acuerdo con estudios de don Cleto González y de don Carlos Meléndez, la lengüeta donde está situado el puerto de Puntarenas, es una zona de formación reciente. A la llegada de los españoles a Costa Rica en 1502, la lengüeta tal como hoy la conocemos, no existía. Su configuración fue el resultado de la acumulación de arenas como consecuencia de las acciones de los vientos alisios, de las aguas del mar, en relación directa con los sedimentos arrastrados por los ríos Barranca, Aranjuez, Naranjo, Ciruelitas, Guacimal; de esta manera se fueron conformando lentamente bancos de arena, que con el correr de los años, fueron dando forma a la lengüeta. Es muy posible que fuera en la primera mitad del siglo XVIII cuando la sección de La Angostura uniera definitivamente esos terrenos con tierra firme.

Lengüeta. En esos años, a la lengüeta se le designaba como Punta de Arenas, y llegaba hasta la Puntilla, nombre inicial de la Plaza de los Caites, donde hoy está el gimnasio Municipal; hacia el oeste había un playón, y a continuación varios bancos de arena que emergían de las aguas, poniendo en peligro los barcos veleros que nos visitaban. Este proceso de conformación de la lengüeta continúa hasta el día de hoy.

Bien dice don Carlos Meléndez: “por estas razones no debemos extrañarnos de que Puntarenas no sea mencionada como puerto, sino hasta la segunda mitad del siglo XVIII. Si antes no se le cita, es porque el proceso estaba incompleto y presumiblemente la sección de La Angostura todavía no existía... Apenas reunió las

condiciones requeridas, el puerto de Puntarenas, absorbió el comercio del golfo, no utilizándose los otros sitios portuarios coloniales”, como el puerto de la Caldera.

En un principio se levantaron apenas algunos ranchos en el puerto, hacia el lado del estero, que era donde existía la mayor actividad comercial. Tiempo después, se hicieron las primeras cabañas hacia el lado de la playa, y fueron estas de carrizo y paja.

Exportaciones. En 1787, la Junta Superior de Tabacos de Guatemala, acordó autorizar la siembra de tabaco del Reino de Guatemala, de manera exclusiva a la provincia de Costa Rica. La medida vino a dinamizar las actividades comerciales de la lengüeta; ya que, por Puntarenas se exportaba el tabaco a las otras provincias del Reino.

De esta forma Puntarenas, a finales del período colonial, se convierte en el puerto más importante de Costa Rica. Se inicia la construcción de los primeros edificios. Sin embargo, en esos años, la vida de sus escasos pobladores seguía siendo de muchas carencias; no se contaba ni con iglesia, ni siquiera se tenía una ermita, la costumbre era que las misas se celebraban en las galeras.

Dice don Carlos Meléndez: “En 1797 se requirió al padre Hermenegildo Rodríguez, cura de Esparza, para que dominicalmente fuera a dar misa en el Puerto, pero este se excusó de hacerlo, manifestando no ser conocedor de la zona, no hallarse en ánimo de estar pasando el río Barranca y, además, no poder desatender su servicio dominical en el lugar en donde estaba destacado”.

Mejores aires tendría la “Perla del Pacífico” en el siglo XIX.

Don Emiliano Odio Madrigal

Gestación y concreción del Liceo José Martí

MARIO MONDOL GARCÍA
mariomondol@racsa.co.cr
Historiador

Puntarenas, a lo largo de su historia, ha tenido ciudadanos ilustres; verdaderos abanderados del desarrollo cultural y material. Lo menos que podemos hacer para que esas vidas ejemplares motiven a nuestros hijos y generaciones futuras es manteniendo viva su obra.

Valga esta vez destacar el aporte de don Emiliano Odio Madrigal, quien ayudó de manera extraordinaria al desarrollo de la ciudad de Puntarenas y que tuvo un papel determinante en la fundación del Liceo José Martí, máxima conquista cultural de la ciudad porteña.

Reunidos en la ciudad de Puntarenas, el 26 de setiembre de 1941, don Emiliano Odio, junto con don Antonio Retana Cruz, don Ovidio Salazar Salazar, don Augusto Bolaños Víquez, la señorita Isabel Barrantes Amador, don Olman Soto González, don Hernán Bastos Gómez, y recogiendo el sentir de una población deseosa de educar a su juventud, deciden formar la Asociación Centro Educativo Científico, teniendo como misión principal el establecimiento de un colegio de segunda enseñanza.

El Colegio iniciaría labores al año siguiente, sería nocturno, de carácter particular reconocido por el Estado. Los alumnos pagarían una cuota de ₡15 mensuales.

Cuando se analiza el nombre del Colegio, don Emiliano propone el del Apóstol Cubano José Martí, que por aclamación fue aceptado.

El Liceo José Martí abre sus puertas en marzo de 1942, en la Escuela Delia Urbina de Guevara, con una sola sección de primer año. Terminaron el curso ese primer año 28 alumnos.

Los Caites con colegio. En sus primeros años, no todos los puntarenenses estuvieron de acuerdo con la apertura del Colegio, en algunos círculos de "Gente Bien", no vieron con buenos ojos al Colegio, y se referían a tal acontecimiento con frases "hirientes y burlescas", como "¿Quién ha visto a los Caites con colegio?".

Don Emiliano integra desde sus inicios el cuerpo de profesores junto con otros maestros y profesionales distinguidos. Son años de sacrificio y de trabajo tesonero, que se ve recompensado con la primera generación de bachilleres en Ciencias y Letras en 1946.

En 1947, ante la efervescencia política que vivía el país, los fundadores deciden entregar el Liceo a la municipalidad y se define una dirección similar a la del Colegio San Luis Gonzaga; es decir, la Municipalidad delegó la conducción en una Junta Administrativa.

Ese año, por desavenencias con el director, los estudiantes realizaron un movimiento de huelga que contó con el apoyo de los colegios de la Meseta Central. La situación llegó a tal gravedad que los estudiantes en huelga decidieron impedir la entrada al Liceo a los alumnos no huelguistas; esta acción contó con el apoyo de delegaciones de alumnos de otros colegios, que se habían trasladado a Puntarenas. Dice don Emiliano: "El Director pensando en una posible agresión se hizo acompañar por las autoridades. Esa noche los policías con sus crucetas golpearon de manera inmisericorde a los muchachos y la sangre de muchos de ellos salpicó las paredes de la institución".

Indignado y solidario. Don Emiliano, indignado ante la agresión a sus estudiantes, se puso de parte de los alumnos. Por su solidaridad con los huelguistas, don Emiliano fue separado como profesor de la institución de la que era fundador.

Las autoridades, molestas por la posición asumida por don Emiliano, entre otros motivos, decidieron rebautizar al Liceo José Martí con el nombre de Colegio de Puntarenas.

Tal decisión, sin duda, produjo gran dolor a don Emiliano, un educador identificado con el pensamiento martiano. Pese a ello, don Emiliano no claudicó y, gracias a nuevas gestiones suyas y de los alumnos del colegio, la Junta Administrativa acordó restituir el nombre de Liceo José Martí.

Tiempo después, la Municipalidad decide el traspaso del Liceo al Ministerio de Educación, con lo que perdió su autonomía.

Hoy, don Emiliano ya no está físicamente entre nosotros; sin embargo, su obra predilecta, el Liceo José Martí, sigue formando jóvenes deseosos de superarse, y mantiene orgullosamente el nombre del Apóstol de la Libertad.